

ESPACIOS

REVISTA DE GEOGRAFÍA

ISSN: 0719-7209
ISSN 0719-0573



Ciudadanos insurgentes: el retorno controvertido de lo político en las ciudades postdemocráticas

Insurgent citizens: the controversial return of politics in post-democratic cities

Erik Swyngedouw¹

RESUMEN

Con ocasión del XI Seminario de Resistencia Territorial, organizado por la Escuela de Geografía y su Programa de Investigaciones e Intervenciones Territoriales PIIT hacia finales de 2017, el destacado investigador Erik Swyngedouw examinó algunas de las principales tensiones detonantes de la insurgencia urbana en ciudades del Norte Global, particularmente.

Enfatizando en el denominado estallido de lo político desde la movilización y contestación, Swyngedouw propone una lectura y elaboración teórica organizada desde el quiebre de las confianzas en los contextos democráticos que, posteriormente, se moviliza hacia el ensayo de las distopías urbanas organizadas. Estos pulsos sociales, articulados como un ente imposible de ser contenido, capturan el testimonio de las democracias obsoletas alzándolas hacia otras alternativas de resistencia urbana, repolitización y organización.

Palabras clave: lo político, la política, insurgencias urbanas, distopías.

ABSTRACT

On the occasion of the XI Territorial Resistance Seminar, organized by the School of Geography and its Program of Investigations and Territorial Interventions (PIIT) on November 2017, Erik Swyngedouw Ph.D. examined some of the main tensions triggered by the urban insurgency in cities of the Global North.

Emphasizing the so-called outbreak of the political mobilization and contestation, Swyngedouw proposes an interpretation and theoretical elaboration of the trusts breakdown in the

¹ Profesor de Geografía Humana, School of Environment, Education and Development, The University of Manchester. Email: erik.swyngedouw@manchester.ac.uk

democratic contexts that, later, becomes mobilized towards experimental organized urban dystopias. These social pulses captures the testimony of obsolete democracies, which becomes articulated as an entity impossible to be contained in the current political system. In this way, the organization of dystopias articulates other alternatives of urban resistance, repolitization and social organization.

Keywords: politics, political, urban insurgencies, dystopias.

Introducción

Quiero comentarles sobre una contradicción, una paradoja que nosotros encontramos muy presente en nuestras sociedades y ciudades. Pondré el ejemplo de Chile que, siendo un país que no conozco muy bien, entrega una sensación similar a lo que ocurre en otros países, parecidos o no. La paradoja es la siguiente: mañana tendrán elecciones, llevo algunos días acá y siento que hay una falta total de entusiasmo respecto a ellas. Muchas personas no se interesan en absoluto por lo que ocurrirá mañana, quizás a otros sí, pero la participación esperada –no probable- es que alcanzar entre el 50 o 55 por ciento de participación será históricamente bajo, especialmente después de los tiempos de dictadura². Esta no es una situación muy inusual. En muchos países y ciudades del mundo, las personas se han rendido, han dejado el interés por los procedimientos democráticos e institucionales. Están desesperados, no les interesa la política o, en el mejor de los casos, votan por candidatos populistas xenófobos, como pasó en los Estados Unidos y como está ocurriendo en Europa. La democracia parece estar en una precaria condición.

101

Pero, por otra parte, hay otra paradoja. En muchas ciudades se ven, también, a cientos de activistas, miles de personas de todos colores, en un crisol de ideas levantándose, diciendo *es suficiente, ya no vamos a aceptar esto, queremos ver un mundo más democrático, más inclusivo, más igualitario, una forma más sustentable de vida urbana*. Lo que pasó en Chile hace un par de años con el movimiento estudiantil no fue una excepción: fue parte del mágico 2011, pues en el mundo entero estallaron movimientos potentes, lo que llamo insurgencias urbanas, movilizadas por los que nombraré ciudadanos insurgentes. Las protestas en El Cairo, la Revolución de la Primavera Árabe con miles reunidos en las plazas del Magreb señalaban algo importante, más allá de si estaban sucediendo en Medio Oriente. El movimiento se expandió de ciudad en ciudad, con ocupaciones urbanas en Los Ángeles, Nueva York o Chicago; el movimiento de los indignados en España en la Plaza del Sol o Cataluña, entre otras, donde por meses exigieron una democracia real para España.

Entonces, hay una paradoja. Por una parte, presenciamos procesos perversos de despolitización, de la desaparición del interés en los procesos políticos y, por otra, advertimos a personas que están politizando las cosas con acciones concretas y colectivas. Cómo podemos explicar esa situación, cómo puede tener sentido esta paradoja, cómo podemos entender esta

² Se refiere a las elecciones de noviembre de 2017, donde se alzaría como ganador al candidato de la coalición derechista “Chile Vamos”, Sebastián Piñera.

contradicción y cuál es el lugar de la urbe, de la ciudad dentro de toda esta configuración. Los escritores, directores de cine o poetas siempre son mejores que los académicos cuando se trata de sentir el pulso de lo que está ocurriendo en la sociedad. Los científicos sociales estamos cincuenta años detrás de lo que está ocurriendo, discutiendo sobre lo sucedido por décadas, pero los artistas no tienen esa limitación. Frases como las de José Saramago, un novelista genial que escribió obras magníficas sobre ciudades no construyó solo unos cuantos relatos, también transmitía lo que estaba ocurriendo en el mundo real. De seguro conocerán las historias de los Ensayos sobre la Ceguera y la Lucidez, donde todas las personas de una ciudad han perdido la vista, excepto una mujer, un relato maravilloso. La historia transcurre en una ciudad que se estaba levantando para votar en las elecciones del siguiente sábado, un festival democrático, grandioso para la ciudad. Iban a decidir quién gobernaría la polis. Los medios de comunicación programaban en sus parrillas sendas discusiones: algunos decían que ganaría la izquierda, otros que la derecha saldría victoriosa, también los partidos del centro podían triunfar. Todo el mundo esperaba con ansias el veredicto del pueblo. Llegó la jornada de las elecciones, un día malo, con lluvia y todos los que eran candidatos estaban esperando con ansias lo que diría el pueblo.

Muy pocas personas fueron a votar y las elites estaban preocupadas por lo bajo de la asistencia a la votación, *si se arregla el tiempo la gente va a empezar a votar* decían, y cesó la lluvia. Así, la gente fue a votar, pero cuando se contaron los votos, el 70 por ciento dejó el voto como nulo o blanco, estallando el pánico en la ciudad. Espetaban *¿cómo podemos gobernar esta ciudad en donde el veredicto del pueblo dio como resultado que dos tercios de la población no votó o votó nulo!* y, como siempre ocurre cuando el pueblo realiza cosas que no son del agrado de la elite, se decidió repetirlas, al no poder tener un gobierno ciudadano sin una mayoría clara. Entonces, se organizó una nueva elección dos o tres semanas después, bajo un día fantástico por lo soleado y hermoso, todos se levantaron y fueron a las urnas. Pero cuando se contaron los votos, el 85 por ciento había votado nulo, avisando que las elecciones quedaban boicoteadas. Ahora, las elites se preocuparon por una eventual conspiración preguntándose por la identidad de quienes estaban socavando los fundamentos de la gobernanza democrática de la ciudad³.

Les contaré una historia por todos conocida. Sabemos lo que hace el Estado cuando interviene o desactiva las llamadas conspiraciones: lo hace encarcelando a las personas o torturando para identificar y encontrar los líderes del socavón a la democracia. Tienen que hacerlo, pues al cabo de unas semanas de búsqueda, deberán responder a las elites por la falta de gobierno en la ciudad, antes que estas huyan alardeando de la incapacidad de conducción política que los procesos sociales tendrán en su ausencia, que reine la anarquía en la ciudad para que el pueblo nos ruegue para que volvamos, para restaurar el orden en la ausencia de un Estado. Esas son las elites de las ciudades.

Se van, entonces, esperando un colapso de la civilización en la ciudad que, finalmente, no llegaría. ¿Qué ocurrió en los días siguientes? Nada, los profesores siguieron enseñando, los

³ Swyngedouw se refiere particularmente a la obra *Ensayo sobre la lucidez* de José Saramago. Madrid: Punto de Lectura, 2006.

abogados ejercieron su profesión, los aseadores municipales continuaron limpiando las calles. Nada distinto aconteció, pues la ciudad siguió viviendo y prosperó sin gobierno ni elites, lo que me parece es una tremenda parábola e historia sobre las condiciones actuales. Tenemos a la ciudad diciendo, entonces, que como polis no solamente es una concentración de personas y edificios, sino que es un espacio político donde los ciudadanos participan de las vías públicas, despolitizándose rápidamente mientras advierten el cambio en los modelos de polis como centro de lo público. El ágora, en el sentido de la Grecia Clásica, es el espacio de encuentro, que en la actualidad se convierte continuamente en una especialización metropolitana nueva, invertida en un proceso de despolitización. Ahora, algunos han argumentado -soy uno de ellos- que este proceso de despolitización se puede describir o capturar desde su título, el de post-politización.

La post-política

Para introducir esta idea, definiré post-politización como un proceso o condición caracterizada por la hegemonía de un discurso general, depositado en prácticas de gobernanza tecnocráticas en su administración, consensuadas por formas post-democráticas de la gobernanza. La política se reduce, en la actualidad, básicamente a gestionar el Estado desde el hoy, sin importar el mañana ni quién gane las elecciones presidenciales, pues cualquiera de las personas electas gestionará la situación de una manera u otra; haciendo o no cambios importantes pero, lo más relevante, es que lo ejecutará de forma tecnocrática, identificando problemáticas para que las elites digan *encontraremos una solución técnica o gerencial para poder lidiar con ese problema*, siempre dentro de un marco específico, generalmente uno neoliberal e incuestionable.

103

La paradoja está, sin embargo, en que este proceso de lenta erosión de lo político se ha acompañado de una serie de explosiones urbanas desde 2011 en adelante. Muchos de los lugares del estallido los tenemos familiarizados e integrados a nuestra conciencia urbana: Hong Kong, El Cairo, Túnez, Madrid, Barcelona, París, Copenhague, Londres, Montreal, Santiago de Chile, San Pablo o Ciudad del Cabo, entre otras, se suman a la extraordinaria serie sin fin –al parecer- de explosiones urbanas en que de la nada un número de personas deciden unirse en un esfuerzo politizante, confrontando al Estado y su situación actual, exigiendo un cambio democratizante. La mayoría no ha tenido éxito, pero el fenómeno es bastante interesante y deberíamos tomarlo muy en serio, tanto de manera teórica como práctica ¿Qué es lo que están señalando?, ¿qué impulsa estos surgimientos urbanos disruptivos en un contexto de despolitización generalizada?

Ahora, no es posible empatizar con todas estas protestas, más cuando algunas de ellas se reducen a versiones de violencia anárquica, algo que un colega y amigo mío denominó como *rabia urbana* (Dikeç, 2017). Uno de sus puntos clave está en la apropiación: esta es mi calle, aquí es donde yo vivo y, para 2002, en Londres, Liverpool y Manchester, las personas salieron a las calles de manera violenta, protestando con rabia día tras día, marcando una señal de descontento, pero un descontento expresado en explosiones anárquicas, violentas que, por democratizantes que fueran, señalaban un descontento mayor con el estado de la situación.

Para quienes se están politizando, hay que pensar en los requerimientos claves expresados en todo paisaje urbano, sean estos de Medio Oriente, España o en los Estados Unidos. La consigna es ¡queremos democracia ahora!, pero es una exigencia un poco extraña. Miremos a Barcelona en 2012: *¡democracia real ya!* exclamaban. Pero ¿de qué están hablando?, ¿no es España un país democrático? Al igual que Chile, España ha pasado por un extraordinario proceso de democratización tras la muerte de Franco, después de una dictadura fascista que duró por mucho tiempo. Estos son ejemplos institucionales de procedimientos democráticos, entonces ¿podemos decir que España no es una democracia institucional y constitucionalmente legal?, ¿acaso no hay libertad de expresión en España, libertad de movimiento?, dentro de la ley, claro está. Pero la gente está diciendo que quiere una *democracia real*, claramente quieren algo diferente de lo que existe ahora, de esa gobernanza instituida. Por eso decimos que es una democracia insurgente, pues eso es lo que quieren, que se oponga a las formas instituidas de la gobernanza post-democrática.

Lo que les contaré sucedió hace un año y medio en Frankfurt, con ocasión del encuentro del Banco Central Europeo que, como toda institución imperial, establece condiciones económicas para los ciudadanos de Grecia, España e Irlanda. En dicho acto pusieron un eslogan en el nuevo edificio del Banco: *Elegimos el comunismo*, pero ¿en Alemania? Es bastante extraordinaria esta declaración, debido que si voy a los Estados Unidos y digo *elijamos el comunismo* me van a encarcelar o expulsarán del país (Swyngedouw, 2009). Pero esto es Alemania, se unificaron en 1989; es el mismo país que destruyó el monstruo llamado *comunismo* y que ahora está diciendo *tengamos comunismo*, sugiriendo una señal que algo hay profundamente politizante desenvolviéndose, que impulsa estas movilizaciones urbanas. París, en 2016, ni más ni menos, se caracterizó por manifestaciones imponentes de insurgencia urbana, conducida por jóvenes enojados que no tienen nada mejor que hacer que acampar en las calles de la ciudad. No importa, no tiene efecto, quizás un poco.

Semillas de distopía

Como todos los años, Davos reunió a lo bueno y maravilloso del planeta Tierra en 2012. Un encuentro donde la elite mundial se junta para pensar en cómo van a espacializar y dar geograficidad a su imaginación, sobre cómo debería ser *su* mundo. En realidad, esta es la gran conspiración, por su puesto rodeada de vallas de seguridad o barreras para que las personas como nosotros, que no nos gustan esas conspiraciones, quedemos como meros espectadores. Cada año, publican el reporte mundial del riesgo⁴, que es un tomo gigante cuyo objetivo es, básicamente, clasificar los riesgos que se interponen entre *su* plan y lo que realmente ocurre. Así es que, en 2012, el riesgo número uno declarado por el Foro Económico Mundial de Davos fueron las semillas de distopía. Esto salió en los periódicos, que la distopía aquí y allá, que estas semillas son el riesgo y desafío más grande con el que se enfrenta el mundo. Bueno, de qué están hablando estas semillas de distopía, pensé, y descargué el tomo. Lo leí y ellos se referían a las protestas y luchas urbanas denominándolas como *semillas de distopía*. En mi inocencia,

⁴ El documento al que alude el autor está disponible en <http://reports.weforum.org/global-risks-2018/files/2018/01/Global-Risk-Report-2018-Executive-Summary-Spanish.pdf&embedded=true> (mayo de 2018).

cuando miraba y participaba, observaba desde una utopía potencial que a la elite del mundo no le gustaba y, por lo tanto, se preocuparon del proceso colectivo de protestas emergente en el paisaje urbano.

Entonces, veamos si podemos encontrar el sentido a esto haciendo un diagnóstico inicial. He empleado la palabra post-política y también he usado la palabra post-democracia (Rancière, 1996). Trabajaré un poco más sobre lo que considero cuando me refiero por estos procesos, sus principales características en los espacios urbanos postdemocráticos de una polis o, sencillamente, de una ciudad postdemocrática. Quiero sugerir algunos conceptos teóricos para ayudar en la teorización de esta condición, para luego avanzar en las consideraciones de por qué hablamos de una democracia insurgente, por qué toma la forma que toma, y el porqué de estas protestas y no alguna otra forma.

Primero que todo, la post-politización es algo difícil, esto no lo inventé de la nada. De hecho, se lo pedí prestado a alguien y nunca me gustó el *post*, pues sugiere que alguna vez -érase una vez, como en los cuentos- hubo una política y luego se extinguió, como cualquier cambio temporal que define lo bueno y lo malo (Mouffe, 2005). Es un proceso, una estrategia por la cual lo político se evacúa, se marginaliza dentro de los espacios cotidianamente establecidos por las políticas y que, por lo tanto, nos provee de gobernanza política, pero sin política. Esta ha sido vaciada en favor del tecnogerencialismo que hace de las decisiones reales algo imposible o difícil.

Segundo, la despolitización no es algo regular, debido a que tiende tomar otras formas. Dean Hammer dice que en realidad estamos gobernados por una serie de políticas arcaicas que imaginan a la comunidad, mientras que otros la visualizan en su base natural para organizar políticas (Hammer, 2004). El nacionalismo, por ejemplo, supone que todos estamos confortables bajo la protección de sus palabras, dentro de su entorno cultural y étnico donde, si es que algo se distorsiona, siempre encontrarán a otro para culparlo de las tragedias, generalmente a un externo. El populismo es una forma de política arcaica. Dice, por ejemplo, que *nosotros los ingleses estamos bien, siempre y cuando solamente tengamos ingleses en Inglaterra; entonces saquen a los chinos, árabes y los demás, sáquenlos de aquí, porque nosotros estaremos bien*. Esto supone que los ingleses son homogéneos, cohesionados en lo individual y colectivo, pero es también una forma de despolitización, es una política arcaica que toma formas de fascismo o dictadura. No podemos discutir hoy día que vivimos en una dictadura en Chile, no es lo mismo ahora de lo que fue bajo Pinochet: hoy pueden decir lo que quieran, pero no podían hacerlo hace treinta años. Con todo, no podemos decir que este gobierno es autoritario, pues no lo es. Por eso discutiría el hecho que la postpolitización, en el mundo de la *post* o *des* politización, sea mejor para rendir cuentas frente a la desaparición de la política, lo que sería muy heterogéneo y simplista.

¿Cuáles son estas características? La elite gobernante sostiene muchas veces sus formas invocando lo que Agamben llama Estado Permanente de Emergencia (Agamben, 2011), que necesita de la suspensión de los procedimientos democráticos y estándares tradicionales porque son lentos, difíciles, dolorosos; se demoran mil años en ejecutarse, pero como ahora

estamos en una situación donde no tenemos tiempo para eso, vivimos bajo una emergencia. Pensemos en la crisis económica financiera de 2010 donde, para asegurarnos que el orden económico no colapse, debemos tomar medidas de emergencia inmediatamente para que ustedes sigan felices, sin alternativas de deliberación ni tiempo para cuestionamientos. Pensemos en el medioambiente y el cambio climático, todos están de acuerdo que el cambio climático es un gran tema, hay una crisis y por eso tenemos que actuar ahora; o pensemos en el contexto de Europa o los Estados Unidos con la inmigración, que es una situación crítica y la tenemos que abordar ahora, no podemos tener un debate largo, establezcamos algunas barreras, muros, que retrocedan los indeseables. Una invocación constante de este Estado de Emergencia obliga a que la elite gobernante -también la que no gobierna políticamente- tome acciones inmediatas: suspende aquí y allá como parte de la negociación clásica democrática.

Otra cosa es la economización continua de la política, como la llamó Pierre Bourdieu que se refiere a lo siguiente: las decisiones públicas son razonables o consideradas razonables solamente cuando se vinculan o calzan en la mentalidad de mercado (Bourdieu, 2002). Otras decisiones bajo otros criterios serán consideradas como irracionales, arcaicas, inocentes, ignorantes e infantiles. Ejemplo de ello es que si en el Reino Unido le digo a mis estudiantes y colegas que cualquier tipo de educación superior debe ser gratuita para todos quienes quieran acceder a ella, me mirarían como si fuera un tipo de otro planeta, pues ese es un requerimiento que ya no se considera como razonable. Dirían a mis espaldas *oh, se olvidó que ya no estamos en el siglo XX*. Y tendrían razón: recibí mi educación gratuita, no pagué ni un centavo y de no haber sido así, no estaría aquí ante ustedes. Me tocó que el Estado pagó mi educación desde los tres hasta los veintiocho años, lo que ya desapareció -casi- en todos lados. Actualmente, mis estudiantes pagan 9.000 libras esterlinas al año por una mala educación y eso no puede ser, pero tampoco se puede cuestionar.

El tercer punto es lo opuesto, es la despolitización de lo ecológico y lo económico. Con esto me refiero a que no existe una decisión política sobre cómo nos organizamos en la extracción y transformación de la naturaleza en bienes, que luego se distribuyen entre los miembros de una sociedad. Esa es la economía de lo ecológico: toma la naturaleza, la transforma, la etiqueta y luego la distribuye como agua, micrófonos, chaquetas o lo que sea. Esa es la economía y la forma en que se hace no se puede discutir, pues sólo hay una vía aceptada de hacerlo, cualquiera otra es considerada como irracional, radical, inimaginable y de seguro la tacharán de comunista. La despolitización de lo económico-ecológico es la organización común de la naturaleza (Swyngedouw, 2010). La estructura de la economía de lo ecológico no está sujeta a la disputa pública, debido a que se sostiene mediante una tecnogerencia experta, donde las personas que son educadas en Geografía y Medioambiente ahora serán los expertos que lidiarán con temas reconocidos como críticos y que lo van a defender en nombre de su experticia.

¿Por qué se lucha? ¿Por quién se lucha?

¿En nombre de quién se realiza todo esto? En nombre del pueblo. Como algunos lo han llamado, el ingrediente importante de una biopolítica inmunológica donde la elite gobernante

asegure que nuestra vida continúe y que nuestra biofelicidad esté asegurada, se basa en que estemos inmunes ante todo tipo de amenaza que se encuentre allá, afuera (Kováč, 2012). El cambio climático es, sin duda, un gran tema. Pero ¿qué dicen las elites actualmente?: *sí, es un gran tema, tremendo problema, pero no se preocupen, vamos a encontrar una solución tecnogerencial para asegurarnos de disminuir las trasmisiones de CO² para que todos podamos seguir viviendo, para que la civilización como la conocemos pueda continuar*. Pasó lo mismo con la migración en Europa, donde la biopolítica inmunológica de la elite manifiesta: *no se preocupen, los migrantes no van a llegar acá* ¿Recordarán lo que dijo George W. Bush luego de los ataques a las Torres Gemelas?, se dirigió a su población y les pidió que por favor siguieran comprando. Esa es la personificación de la biopolítica inmunológica, la que se expresa en que *nosotros, las elites aseguraremos que ustedes sean felices y puedan seguir viviendo*. Ese es el discurso clásico de postpolitización, lo que Allen J. Scott también llama formas tecnogerenciales de gobierno (Scott, 2008).

No conozco muy bien Santiago de Chile, pero ¿quién la gobierna?, ¿hay cooperaciones público-privadas que hayan ganado más espacio en la ciudad, que organizan sus espacios urbanos en nombre de la inclusión? Ustedes no se preguntan a veces sobre quiénes gobiernan la ciudad en nuestro nombre o por qué no tenemos el poder de elegir a esas personas. Miren la transnacionalización de los gobiernos y en esto el caso de la Unión Europea es ejemplar, pues existe un gobierno autocrático en forma más allá del Estado secular. No sólo está por sobre lo geográfico, estamos hablando de un tejido por sobre y bajo del Estado donde la forma gobernante se organiza en la excluyente inclusión de aquellos actores autorizados.

107

Los movimientos sociales y ONG's quieren estar involucrados en la participación y todos se preguntan por ellas, ambos componentes ávidos por participar, pero solo algunos podrán hacerlo. Esta es una ilustración del gobierno postdemocrático, donde los gobernantes elegidos tienen reglas y procedimientos estandarizados para ejecutar sus políticas, asegurándose que las ideas indeseables -como las que podrían salir de estas agrupaciones- sean suspendidas. En una organización tecnogerencial de gobierno, se habla sobre la administración de recursos para mejorar situaciones puntuales. Siempre me llaman para participar en distintas cosas en Manchester. Puedo hacerlo en cuestiones educativas, en tráfico y transporte, en asuntos medioambientales, pero no tengo tiempo para esa participación de gobierno tecnogerencial, no quiero. Los sistemas educacionales y medioambientales no tienen nada que ver con democracia, eso es puramente tecnogerencia. Me interesa que quienes estén en el asunto del agua sean los ingenieros que sepan al respecto de esos temas, porque lo relevante es tener agua limpia que beber.

Un colega de mi universidad en Manchester habla que la democratización o postdemocratización están sustentadas por la tiranía de la participación (Cooke y Kothari, 2001). Esto es un signo, un espejismo de la democracia, no es un proceso democrático real, y aquí podemos ver automáticamente que hay una disputa parcialmente aceptada. Soy profesor en una de las grandes universidades del Reino Unido, la Universidad de Manchester. Como lo saben, enseño estas materias radicales y críticas ¿La Universidad está enojada conmigo? No, a mí me aman. Puedo enseñar ecofeminismo, postcolonialismo, anarquía, porque mientras los

alumnos sigan pagando sus mensualidades todo estará bien ¿La gerencia de la Universidad está de acuerdo con mis visiones? No, pero ¿les caigo bien? Sí, les caigo bien. La disputa está activa e invita a participar de ella, pero lo que no se tolera es la discrepancia, el desacuerdo radical sobre cómo debe la universidad organizarse. Si empieza a ser radical en ese sentido ¿qué dirá mi jefatura?: *cállese y vaya a la sala de clases, nosotros decidimos acá, nosotros decidimos cómo esta ciudad tiene que ser gobernada*. A eso me refiero con la disputa versus la discrepancia. Siempre existirán las discrepancias, pero hay tabúes claros, cosas que simplemente no se pueden hacer.

¿Se acuerdan de Fukuyama, cierto? Escribió este libro *El Fin de la Historia y El Último Hombre* (1994). Cuando se presentó pensé que era un libro muy estúpido. Pensé que este autor nunca había entendido a Hegel. Bueno, me reí a carcajadas con sus análisis sobre el socialismo y su término inmediato al fin de la Guerra Fría, y que viviríamos felices en una sociedad donde el capital será supremo. Pero, lamentablemente, resultó que Fukuyama tenía razón: vivimos en una sociedad con esas características. Sin embargo, como ya se ha demostrado, esa contextualización de formas democráticas sigue siendo confortable, o al menos eso es lo que las elites esperan que creamos. Sabemos que las condiciones sociales urbanas y humanas están llenas de conflictos y disputas. Sabemos que hay desacuerdos radicales respecto a las soluciones y el manejo tecnogerencial, que es más una utopía. Podemos ver este descontento en dos partes.

Observemos primero los levantamientos identitarios o de identidad como expresiones de descontento, que son verdaderos brotes de rabia urbana articulados en torno a quiénes somos. Pensemos en lo ocurrido en París para 2005 y, posteriormente, con las revueltas de los inmigrantes en 2006 en los alrededores de la misma ciudad, con protestas violentas en torno a la noción de identidad. Una noción que, dicho sea de paso, ha sido muchas veces suprimida. Lo mismo es válido para la extrema derecha nacionalista en países como Grecia, donde existen poderosos movimientos fascistas, como también los hay en Estocolmo, Suecia. Ambos, y entre otros, están articulados con preguntas sobre su identidad o su *maligno étnico*, como lo he llamado, utilizando la identidad como base para explicar su descontento.

Sin embargo, incluso estos brotes de rabia identitaria señalan algo. Pero ¿qué dicen las elites al respecto? El presidente francés Nicolas Sarkozy a esos movimientos de protesta, les denominó como *racailles*⁵ mientras era Ministro del Interior, particularmente porque estas manifestaciones de rabia vinieron desde el exterior de la ciudad madre, de las periferias que no son parte de la postal parisina, y que no tienen ni siquiera el derecho de ser ciudadanos, constituyéndose una oclocracia sin más. Esa conversión adjetivada de personas en chusmas también afectó a Manchester, donde se realizó una manifestación a través de gigantografías, con imágenes de escobas que rezaban frases del tipo *Limpiemos Manchester* o *Barramos Manchester para dejarlo limpio* con un doble sentido: barramos a esas clases que solamente

⁵ El concepto tiene varias acepciones. Puede entenderse como chusma, escoria o basura, siempre como una denostación al otro, generalmente dirigido a alguien indeseado. Sarkozy lo utilizó directamente contra los inmigrantes.

protestan, barramos a la chusma de la sociedad; aquellos que ni siquiera tienen derecho de ser ciudadanos de la ciudad, a diferencia de nosotros que sí lo tenemos de la forma más absoluta.

Segundo, indudablemente, hay aspectos identitarios en todas estas protestas que muchas veces llevan a levantamientos, pero también hay otro tipo de motivaciones. Aquellos que quieren o anhelan el regreso de la política real, que operan basados en la búsqueda de la igualdad, se expresan como una identidad en sí, articulada respecto a una inclusión de todos bajo el estandarte de su simple importancia como elemento democrático. El problema es qué dice la democracia.

Fundamentalmente, la democracia indica que todos somos iguales sin importar nuestro género, cultura, idioma o religión. Sabemos que la igualdad es lógica, pero también reconocemos que somos desiguales porque tenemos distinto género o identidad. Ahí tenemos desigualdad social pura, lo sabemos, pero lo democrático asume que no somos diferentes, que todos somos universalmente iguales. Con estos levantamientos lo que se hizo fue tratar de prefigurar o experimentar nuevas formas para desarrollar una nueva democracia, cómo se negocia la diferencia, cómo se deciden las cosas de manera igualitaria en un contexto de heterogeneidad. Entonces realizaron un experimento con nuevas prácticas democráticas y a veces estos movimientos avanzaron, convirtiéndose en performances políticas.

Muchos de ellos no lograron la transformación o reconfiguración de sus instituciones. En casos como Grecia y España lograron politizarse, pudiendo organizarse y ocupar espacios políticos. En Grecia ha sido clave la presencia de SYRIZA al cohesionar por primera vez un movimiento de izquierda radical nacido desde el descontento expresado en las plazas de Atenas, pudiendo llegar a la cima del Estado. Por su parte, Podemos en España y sus aliados crecieron producto del Movimiento de Indignados y la resonancia de la actual alcaldesa de Barcelona Ada Colau, que fue una tremenda activista por el derecho a la vivienda, llegando incluso a ser encarcelada. Se ha marcado una real diferencia, entonces, sobre cómo ha sido gobernada la ciudad.

Las políticas, los políticos y la revuelta como condición humana ¿o urbana?

Quizás ya advertieron que he usado dos palabras de manera intercambiada, hablando de política y de lo político. El español es un hermoso idioma de géneros, sin duda: La Política, por una parte, Lo Político por otra. En inglés es más difícil traducir y deducir *politics* de *political*, pero en lenguas que tienen distintos géneros funciona muy bien. En francés es *le politique* y *la politique*, en alemán *die politik* o *das politische*. Creo que esta perspectiva teórica entiende que la esfera política está constituida básicamente por dos procesos diferentes e interdependientes, es lo que Paul Ricoeur llama paradoja política (1965). De acuerdo con este y otros pensadores fundacionales, la distinción radical entre *le politique* y *la politique* está en que la política se refiere a lo visible, palpable y escuchable como formas de institución democrática: actores, agentes, procedimientos y espacios políticos en los cuales se realiza el gobierno. Estamos hablando del parlamento, partidos políticos, elecciones y procedimientos que observamos y

analizamos todos los días esperando entender. Pero a menudo limitamos la esfera de la política a estas formas de realización institucional.

La política siempre se realiza en nombre del Pueblo, eso recalcan quienes las crean y ejecutan. Lo político es un término ontológico, un poco más complicado. Su nombre significa un desacuerdo radical entre el Pueblo, pues si pregunto por su visión hacia el futuro para Santiago, usted tendrá una respuesta absolutamente distinta a la mía y así entre los demás. Lo político no se puede ver, es el vacío de la sociedad, sugiere que realmente la sociedad no existe, que está compuesta por personas heterogéneas que están en desacuerdo constantemente.

Lo que se reconoce por democrático es que estamos en desacuerdo. Si es que estuviéramos en todo de acuerdo no necesitaríamos de una democracia, entenderíamos nuestras acciones sin contradicción alguna. Entonces lo político es esta condición, esta heterogeneidad radical que es suprimida por la política. Es así como toda la población trata de colonizar lo político y, de esta forma ocasional, lo político se hace visible, se puede discernir de la condición de la heterogeneidad. Cuando esto ocurre, las personas muestran su desacuerdo. Por eso discutiría con gusto que estas insurgencias sean señales de lo político funcionando en profundo contraste con la política instituida. Lo que señala una insurgencia es la expresión de su desacuerdo, tratando de reinscribir lo democrático dentro de las formas postdemocráticas de gobernar o de gobierno. Si estas insurgencias se hacen sistemáticas, es porque insisten en que el lugar de poder es para los que están mentalmente vacíos, que todos y cualquiera pueden tomar -al menos temporalmente- ese lugar de poder, pues manifiestan la presunción o el presupuesto de la igualdad, no solamente en la capacidad de hablar, pero sí en la capacidad de gobernar. Cualquier persona tiene capacidad igualitaria para gobernar, expresando una fundación contingente de la *égalité* y *liberté*, que son base fundamental para la democratización.

 110

Es mediante ello que debemos entender esta situación de paradoja entre, por un lado, la despolitización, la configuración de la política democrática existente; y, por otro, el impulso democratizante que emana de estas señales políticas. Para empezar a concluir, la forma en que -creo- debemos empezar a entender una ciudad política, está en los términos de esta configuración paradójica en que la gobernanza o el gobierno instituido toma estas formas postdemocráticas y tiene paralelos extraños en la proliferación de insurgencias. La democracia insurgente, manifestada por estos ciudadanos insurgentes, es una democracia que se desenvuelve en contra del Estado o, como plantea Bourdieu, es una democratización ejecutada dentro del Estado, que se distancia de él, siendo que tanto lo democrático y lo político son una posibilidad de levantamiento en cualquier lugar o desde cualquier persona.

Entonces no hay un lugar, ubicación o sujeto para la insurgencia. Por controversial que parezca, cualquier persona puede hacer y tiene que hacerlo. No es el privilegio de las mujeres, como lo discutirían las feministas; no es el privilegio del proletariado, como diría Marx; es que cualquiera lo puede hacer siempre que estén dispuestos a ser sujetos politizantes. Lo que sabemos de insurgencias nos dice que fueron hombres y mujeres, obreros e intelectuales, blancos y no blancos, cristianos o musulmanes. Todos, independiente del dónde, decidieron en conjunto que iban a actuar, que pondrían su cuerpo colectivo en el espacio llegando a ser sujetos politizantes,

en comparación a otros que generalmente vivimos nuestras vidas como objetos. En mi caso, generalmente vivo mi vida como objeto, pues hago lo que me dicen quienes gobiernan la universidad donde trabajo. Solo, y ocasionalmente, debo tomar una decisión y decir ¡al carajo, no voy a seguir con esto! Ahí es donde soy un sujeto.

Estas insurgencias democratizantes siempre comienzan con lo específico, algo muy concreto o particular. Los movimientos sociales en Chile estallaron por la educación; en São Paulo fue el costo del pasaje en transporte público -algo indudablemente físico y material-; en la Plaza Taksim de Estambul decretaron talar trescientos árboles, en un mundo donde a diario se cortan millones de ellos, pero se generó una gigantesca explosión social por estos individuos asentados en el parque más importante de la ciudad. Todos estos movimientos se politizan de manera rápida. Se toman los conjuntos de molestias particulares, se convierten en exigencias universalmente demandables para una transformación institucional universal.

Creo que este es el cambio de un movimiento social a un movimiento político. Sé que esto es muy controversial, debido a que hemos insistido demasiado tiempo sobre qué cambio urbano sería emancipatorio, cuando esta acción forma parte de las disputas alzadas por los movimientos sociales. Pensémoslo nuevamente: los movimientos urbanos sociales solamente pueden llegar a ser transformadores políticos bajo un contexto de politización. Estas insurgencias urbanas emergentes son de carácter insurrecto, interrumpen; son inminentes e impredecibles. Es extraño, nosotros los científicos políticos o sociales deberíamos poder predecir momentos de descontento e insurgencia, pero no. Lo político es impredecible, es un evento que aparece de la nada, después podemos encontrar una explicación política o social, lo que sea sobre el por qué ocurrió. Es contingente, acontece de forma inesperada y, cuando ocurre, la pregunta es ¿qué vamos a hacer?, ¿cómo universalizamos esta situación?

 111

Esta interrupción basada en lugar de la equidad trata de establecer un nuevo sentido común y, al hacerlo, logra que aquello que entendemos como sentido común deje de serlo. Como la exigencia por una educación libre, que ya no es de sentido común porque, aunque tuviésemos éxito en conseguirla, el pagar por ella no sería más un problema. Pensemos en el movimiento feminista: si hubieran luchado en los siglos XVII o XVIII por la equidad de género, no habrían conseguido absolutamente nada, carecerían de sentido. Igual cosa acontecería si hoy dijera que las mujeres tienen que estar en la cocina. Entonces lo político tiene por deber cambiar al sentido común a través de la manifestación de las insurgencias, tratando de producir un nuevo sentido común capaz de destruir la inconsistencia del actual.

¿Qué sigue?

La tarea es establecer o crear una propia Geografía, hacer del espacio una entidad performativa más allá de un auditorio como este. No ocurre en bibliotecas ni se encuentra depositado en libros, ocurre mediante la producción concreta de una propia espacialidad, porque la creación de la espacialidad sí importa. Todos los lugares mencionados son simbólicos, los recordamos como lugares porque hubo una construcción activa en ellos. Emergió un espacio nuevo, con políticas nuevas. Eso es lo que Henri Lefebvre describe y define como espacio, un proceso activo

donde se entrega al cuerpo geográfico y se asume el peligro físico de llegar a ser un sujeto político.

Para concluir, quisiera comentarles lo siguiente. He tratado de establecer un caso sobre cómo los académicos, teóricos urbanos de lo político, que durante veinte o treinta años han tratado de ser exitosos en hacer la crítica sobre la urbanización desigual. Creo que hemos sido excelentes en eso, somos analistas expertos en cuestiones de clase, etnia, inequidades de género y dinámicas de lo político, la política, lo económico. No quiero escuchar nada más sobre el tema, me cansé, pues todos lo sabemos, pero hemos ignorado examinar las múltiples formas de hacerlo.

Es que en realidad nada se hace en cuanto a transformar el orden democrático, a las formas democratizantes, pues las hemos ignorado. Dejamos de pensar en lo importante que es examinar el significado de lo político, lo democrático. Todos tenemos algo de sociólogos urbanos, por decirlo, también soy uno de ellos, de cierta manera. Creo que debemos ser teóricos urbanos políticos, tenemos muchas preguntas por considerar para las que no tenemos respuesta. Hay miles de tesis de doctorado en estos terrenos, hemos presenciado todas estas insurgencias en lugares específicos, concretos; nos importaron, hicieron muchas cosas en estos espacios. Pero ¿cómo las articulamos?, ¿cómo se articula con la condición urbana actual? Merrifield observando a Lefebvre (2013) y otros lo plantean como una urbanización planetaria, mundial o global, ¿cómo estas insurgencias locales se relacionan a urbanización planetaria y a una política de múltiple escala? No lo sé, pero debemos entenderlo.

 112

Los griegos quieren saber por qué ellos, aun tomándose al Estado, tampoco cambiaban las cosas. Quizás estoy exagerando, pero la Unión Europea y el Banco Central Europeo también fracasaron en la toma del Estado. Entonces ¿cómo podemos pensar en aquel impulso que llevó al futuro a estos movimientos dentro de una urbanización planetaria? Ya no tenemos más tiempo. Estas insurgencias nos sugieren que las formas pensadas y practicadas como políticas de emancipación deberían visitar sus métodos. Podría ser que los factores claves de la política emancipatoria en el siglo XX, simplificados en el proletario como sujeto político privilegiado, tengan que suplementarse por la mujer como una política de izquierda y de género organizada, mediante un partido político jerárquico con el objetivo de tomarse el Estado.

Esos son los contornos y ejes del sujeto y su estrategia. El objeto de la lucha emancipatoria y el sujeto privilegiado, la particular fama de la organización institucional; el partido y el Estado que debe ser tomado. Discutiría que estas figuras, dominantes en la política emancipatoria del siglo XX, no son más una alternativa de reforma. Debemos repensar una nueva subjetivación, otras modalidades de organización y espacios de lucha. Es eso lo que levanta a la insurgencia, diciéndonos por qué ellos están luchando, quiénes somos, cómo nos organizamos y los porqués de esta disputa donde el sujeto es el medio y el espacio de la lucha emancipatoria. Debemos repensar y re-practicarlo para el siglo XXI.

Creo que debemos tratar de encontrar el deseo de la equidad una vez más. La literatura de los Estudios Urbanos -entre otros- está plagada de experiencias de inequidad, pero muy poco se

observa sobre las modalidades, procedimientos o contenidos de lo que constituye la equidad. Debemos encontrar la manera teórica y práctica de reunir, retejer la equidad, y también pensar qué significa tener una ciudad democrática, una polis, una región democrática, un mundo democrático. Lo dejaré ahí.

Bibliografía

Agamben, G. (2011). *Estado de Excepción. Homo Sacer II, 1*. Madrid: Editorial Pre-Textos.

Bourdieu, P. (2002). Against the policy of despoliticization. *Studies in Political Economy*, 69: 31-41.

Cooke, B. y Kothari, U. -Eds.- (2001). *Participation: the new tyranny*. Londres: Zed Books.

Dikec, M. (2017). *Urban rage. The revolt of the excludes*. New Haven: Yale University Press.

Fukuyama, F. (1994). *El Fin de la Historia y El Último Hombre*. Madrid: Alcaná Libros.

Hammer, D. (2004). Ideology, the symposium, and the archaic politics. *The American Journal of Philology*, 125(4): 479-512.

Kováč, L. (2012). The biology of happiness. Chasing pleasure and human Destiny. *EMBO Reports*, 13(4): 297-302.

Merrifield, A. (2013). The urban question under planetary urbanization. *International Journal of Urban and Regional Research*, 37(3): 909-922.

Mouffe, C. (2005). *On the political*. Londres: Routledge.

Rancière, J. (1996). *El Desacuerdo. Política y Filosofía*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Scott, A. J. (2008). *Social Economy of the Metropolis. Cognitive-Cultural Capitalism and the Global Resurgence of Cities*. Oxford: Oxford University Press.

Swyngedouw, E. (2010). Apocalypse forever? Post-political populism and the spectre of climate change. *Theory, Culture & Society*, 27(2-3): 213-232.